

El drama de la repatriación

Rafael NÚÑEZ FLORENCIO*

Según el Diccionario de la Real Academia Española (D.R.A.E. en adelante), una de las acepciones fundamentales de «drama» es el de «obra de teatro o de cine en que se presentan acciones y situaciones infaustas o dolorosas, atemperadas por otras más propias de la comedia, que no alcanza plenitud trágica». ¿Cabe mejor definición de los hechos del 98? Considerémoslo detenidamente, desde la cómoda atalaya —forzoso es reconocerlo— de la perspectiva histórica: ¿quién puede negar en los acontecimientos de aquel año, desde los prolegómenos hasta su nudo y desenlace, el fuerte componente político-teatral, en su vertiente más peyorativa? Cualquiera que haya estudiado a fondo la prensa del período, los vaivenes diplomáticos, el cruce de declaraciones públicas, el entusiasmo patrioter, etc., habrá tenido en más de una ocasión la desagradable sensación de estar asistiendo a una representación dramática, absurda por momentos, ingenua hasta la exasperación, lamentable siempre.

¿Qué decir de un país que va a una guerra para perderla, de la manera más contundente posible y cuanto antes mejor? Eso fue lo que hizo el gabinete Sagasta, cuando la torpe y miope política de los gobiernos anteriores (es decir, de él mismo y de Cánovas) dejó cegadas todas las demás vías. A finales del siglo XIX, en pleno período de pragmatismo positivista, de *realpolitik* imperialista, de reparto colonial del globo, una vieja nación europea se aferraba al sentimiento de honor nacional, afrontaba un delicado conflicto en términos de honor y en última instancia se dejaba arrastrar a una guerra perdida de antemano por una cuestión de honor.

* Profesor de la Universidad Complutense.

Por eso podemos decir, retomando nuestra definición, que el drama del 98 no alcanza «plenitud trágica». En efecto, ¿cómo podía alcanzarla? En el 98 prácticamente no hay guerra propiamente dicha, descontando algunos episodios aislados, si por guerra entendemos el enfrentamiento entre dos contendientes en alguna medida comparables. Se habla por ejemplo impropriamente de las «batallas navales» de Cavite —en Filipinas— o Santiago —en Cuba—, cuando en realidad fue un mero ejercicio de tiro al blanco por parte de la escuadra norteamericana. Así, quedaron los barcos españoles destrozados, hundidos; las víctimas, a centenares; los prisioneros, otro tanto. Mientras, la parte contraria quedaba intacta materialmente y, desde el punto de vista humano, con un número de bajas casi despreciable. ¿Qué clase de combate era ése?

Se hubiera podido hablar de una situación «más propia de la comedia», si no fuera por el alto tributo de sangre que tuvo que pagar la nación, por tantos lamentables errores e ineptitudes y, sobre todo, desde el punto de vista histórico, por el lastimoso papel que representó España en el escenario internacional. Volvemos pues al drama en el sentido que estamos comentando, pero no a la tragedia. Faltó grandezas de miras y de empeños para esto último. El ejército español no encontró siquiera el episodio épico que ansiaba, un *Waterloo* justificable en términos de inferioridad material. Incluso el lamento posterior de los intelectuales es indisociable de esa sensación de haber hecho en cierto modo el ridículo. Desgraciadamente España no había caído con grandeza. Había sido... otra cosa. Sólo desde esta vivencia —que creemos que no se ha subrayado suficientemente— puede entenderse el cuestionamiento radical de la historia patria, las posteriores preguntas por el ser profundo de España, las perplejidades acerca de sus habitantes, las apelaciones a la raza, etc.

Pero el D.R.A.E. ofrece otra importante acepción del concepto «drama»: figuradamente, se trata de un «suceso de la vida real, capaz de interesar y conmover vivamente». ¿Puede hablarse, pues, en este sentido, del «drama de la repatriación»? Sí y no. Ambivalente fue la actitud de la sociedad española durante los tres años y pico de guerra. Payne lo ha sintetizado magistralmente: «la actitud general hacia las guerras coloniales era una mezcla de resentimiento, chovinismo, exaltación y apatía, con predominio de esto último»¹. Deberíamos añadir a ello, por nuestra parte, que habría que distinguir además varias fases de actitudes sociales ante la guerra (indiferencia, enardecimiento, cansancio y efervescencia final)² y, sobre todo, distintos estratos y grupos sociales que tenían planteamientos dispares: se ha hablado mucho de las mani-

¹ Stanley G. PAYNE: *Ejército y sociedad en la España liberal 1808-1936*, Madrid, 1977, p. 118.

² Para una profundización en estas cuestiones remito a mi estudio sobre *Militarismo y antimilitarismo en España*, Madrid, 1990, pp. 215-329.

festaciones y despedidas patrióticas que eran, sí, una parte de la realidad, protagonizadas sobre todo... por los que no iban a la guerra. Frente a esta realidad había otra, que nunca salió a la luz, que sólo después del desenlace fue reconocida por algunas plumas sinceras, sobre todo del ámbito regeneracionista: el temor, el desconuelo de tantos padres y madres, de tantos familiares, por la suerte de unos hijos que luchaban, no sabían bien por qué, en territorios lejanísimos; el cansancio de lo que hoy llamaríamos la «España profunda», la de la «intrahistoria» unamuniana, por una guerra que no entendían, cuya existencia aceptaban con ira, resignación o fatalismo.

Esa ambivalencia con respecto a la guerra se traslada inmediatamente al asunto de la repatriación. Habría que precisar no obstante, previamente, que la repatriación no es un problema del 98, como tópicamente se dice, sino un tema que se empieza a debatir en algunos ámbitos de la sociedad española casi dos años antes, en el contexto de la preocupación por las condiciones materiales del soldado en la manigua. Los primeros testimonios sobre la precaria salud de los soldados que arriban a la península datan de mediados de 1896.

Es entonces cuando se organizan las primeras campañas periodísticas para recaudar fondos y atender sus necesidades más perentorias, cuando tienen lugar las primeras iniciativas de caridad y, sobre todo, cuando empiezan a divulgarse las primeras caracterizaciones de los repatriados como enfermos en estado terminal, consumidos por el vómito y la fiebre amarilla, casi espectros, vestidos con andrajos, descalzos, hombres esqueléticos tiritando bajo mantas raídas, casi cadáveres vivientes en una palabra. Todas esas descripciones, que luego se repetirán hasta la náusea y el tópico, proceden de los años anteriores al 98³. Evidentemente, en el año fatídico, después de la derrota, el problema se agudiza cuantitativa y cualitativamente.

Pero volvamos a nuestro hilo conductor, que no era otro que la actitud de la sociedad española ante el problema de la repatriación. Centrémonos ya también en el tramo final de 1898, en los últimos meses, cuando el drama se ha consumado (aunque falta la puntilla del Tratado de París). Vuelven entonces de golpe y porrazo decenas de miles de soldados (¿150.000 o más?: las cifras se manejan a nivel oficial con una ligereza y volubilidad extraordinarias). La disposición dominante en la sociedad española parece ser la expectación

³ Véase como ejemplo representativo de todo ello «Para los heridos de Cuba», artículo que aparece el 23 de octubre de 1896 en *El Imparcial* (uno de los diarios que más se va a preocupar por la suerte del soldado de a pie). En ese artículo, y en otros que aparecen por las mismas fechas, ya está todo: la denuncia de la penosa situación del soldado, consumido por las fiebres, agotado por las marchas, extenuado por el clima, debilitado por la mala alimentación... y apenas atendido cuando llega a la península.

contenida. Cuando arriban, se desata la emoción: jóvenes que partieron plétóricos de salud y fuerza (todo lo que se podía dar con la parca higiene y las duras condiciones de vida de la época), reaparecen ahora absolutamente irreconocibles, como ancianos macilentos, muchos con miembros amputados, otros gravemente enfermos, la inmensa mayoría con síntomas de desnutrición, mareo y cansancio infinito. Las anécdotas se suceden: madres que no logran reconocer a su hijo y lo confunden sistemáticamente con otros, repatriados que suplican agua para calmar la fiebre que les consume, soldados que vagan por el puerto sin rumbo fijo y con expresión ausente, enfermos que piden algo caliente que llevarse a la boca, individuos que tiemblan casi desnudos bajo un viejo gabán prestado, escenas desgarradoras en fin protagonizadas tanto por los que llegan como por los que esperan en los muelles...

Y, por encima de todo, la muerte por doquier. Muertos en la travesía, muertes en el buque que acaba de atracar, agonizantes en los sollados que no pueden siquiera ser llevados a tierra firme, recién desembarcados que de pronto se desploman porque sus piernas no les sostienen... Los ilustradores, los fotógrafos o los dibujantes captan y repiten las mismas imágenes: hombres jóvenes apoyados sobre muletas, rostros inexpressivos con tintes cadavéricos, el convaleciente que es llevado a duras penas, arrastrando los pies, por dos compañeros, el infeliz que mendiga en una esquina, los enfermeros recogiendo en una camilla a otro que acaba de fallecer en plena calle...⁴. Hay que reconocer que, hasta cierto punto, resulta difícil dar cuenta de la situación sin caer en excesos melodramáticos, porque hasta la descripción más aséptica puede sonar a sensiblera, tal era la dimensión patética del fenómeno.

Convengamos, pues, en que una vena dramática, o hasta tremendista, era explicable, o incluso inevitable. Pero ése tenía que ser, a lo sumo, el punto de partida. El problema es que la sociedad de la época no supo o no quiso ir más allá. Mejor dicho, prefirió pronto mirar hacia otro lado. De este modo, como decíamos antes, se prolonga en el asunto de los repatriados la ambivalencia que había caracterizado la conducta española ante la guerra: entusiasmo y apatía, o por referirlo concretamente el problema de la repatriación, primero conmoción, estupor y piedad, pero seguidamente frialdad e indiferencia.

Fue como si la nación en su conjunto hubiera tenido en cuenta otra de las acepciones —volvemos al Diccionario— del término drama. Dice el

⁴ Véase la prensa de la época —todos los diarios sin excepción informan pormenorizadamente del tema —durante el segundo semestre de 1898, especialmente desde finales de agosto—. Si se busca una panorámica más rápida, pueden verse los extractos de prensa que recopiló Fernando SOLDEVILLA: *El año político. 1898*, Madrid, 1899. Últimamente, a un nivel más divulgativo que científico, algunos libros han intentado trazar un panorama de la época también a partir de la prensa del período. Cf. Javier FIGUERO y Carlos G. SANTA CECILIA, *La España del desastre*, Barcelona, 1997 (múltiples referencias a los repatriados: pp. 258, 262, 266, 279, 295, etc.).

D.R.A.E. que «hacer un drama» es «dar tintes dramáticos a un suceso que no lo tiene». ¿Consideraron las autoridades —y los ciudadanos corrientes— que atender y preocuparse por los problemas de los repatriados era en cierto modo «hacer un drama»? Adelantemos ya que la respuesta a esta pregunta fue desgraciadamente afirmativa. Precisamente el objetivo fundamental de esta ponencia no es el de trazar un panorama global de la repatriación, tema que hemos abordado en otros trabajos⁵ y que en cualquier caso va a ser estudiado en sus múltiples facetas en el marco de estas jornadas, sino describir a grandes rasgos la conducta de la sociedad y proporcionar una explicación del despego con que en líneas generales se abordó el asunto. Se nos permitirá por ello que desechemos todos los aspectos cuantitativos —cifras, datos, estadísticas, etc.— y nos centremos exclusivamente en lo cualitativo, con especial incidencia en la vertiente psico-sociológica, es decir, en el ámbito de las mentalidades sociales.

Lo peor de los tópicos no es sólo que deformen o simplifiquen la realidad, sino la persistencia con que quedan anclados en la memoria de la comunidad y hasta en el análisis histórico. Tal sucede con esa famosa generación del 98 que cualquiera que estudie de verdad el 98, el 98 real, jamás encontrará. Algo parecido ocurre con las expresiones colectivas antes, durante e inmediatamente después del llamado «Desastre». Se suelen mencionar con la mayor naturalidad actitudes opuestas y hasta excluyentes (exaltación, patriotismo, abulia, el famoso «sin pulso») sin explicar adecuadamente cómo pudieron ser compatibles. Hasta falta perfilar adecuadamente la posición (las posiciones) de la sociedad española ante el conflicto, para entender su talante ante los repatriados.

La historiografía no ha prestado, en mi opinión, la atención debida a las numerosas memorias y testimonios de los que vivieron aquella época. No puedo hacer obviamente un recorrido exhaustivo por tales pruebas, pero sí citaré dos no demasiado conocidas. Un escritor de segunda fila, Eugenio Noel, señala en su *Diario*: «En la vida cotidiana no se nota la menor preocupación por la derrota de la Escuadra.» El 98 es para él, y sus allegados, el año de una memorable corrida de toros en Carabanchel, que permite evocar un ambiente festivo, jaranero, con los compases de una música zarzuelera al fondo y, como mucho, una vaga inquietud por una guerra lejana, a la que pronto se superponen los «cantares lascivos coreados con palmas» y la excitación que despierta en todos el espectáculo de la «fiesta nacional»⁶.

Todavía más contundente es el testimonio de Alberto Insúa que, como es-

⁵ Cf. especialmente «Los otros españoles que fueron a Cuba: el drama de los repatriados», en Consuelo NARANJO; Miguel A. PUIG-SAMPER; L. Miguel GARCÍA MORA (Edits.): *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Madrid, 1996, pp. 597-620.

⁶ Eugenio NOEL: *Diario íntimo*, Madrid, 1962, pp. 137, 161-171.

pañol nacido en Cuba, se siente especialmente dolido por la indiferencia patria. La cita es larga pero merece la pena, por ella misma, y porque enlaza directamente con el tema de los repatriados:

«Algo que me llamó entonces la atención —escribe Insúa— y que me produjo un sentimiento muy raro, como de soledad espiritual, fue que al enterarse varios de mis camaradas de que yo había nacido en Cuba y vivido allí la mayor parte de la guerra, ninguno se interesara por los acontecimientos que habían determinado la pérdida de nuestras colonias y me formulase algunas preguntas (...). Esto de “no importar la guerra” lo había observado yo, desde La Coruña, no sólo en la gente infantil o juvenil, sino también en la mayoría de las personas mayores, y me causaba estupor.» El autor, que está hablando de octubre del 99, época en la que contaba unos quince años, sigue diciendo que en su familia y en su medio había «desencanto» y «patriótica indignación» por el «silencio absoluto, la indiferencia general» de España ante el particular: «Sólo “algún político suelto”, algún periodista que había estado en Cuba, como Luis Morote, y algún escritor “de los que seguían entonces en un grupo de desengañados e iconoclastas” parecía preocuparse por “aquello”.» Pero lo más expresivo de todo es el colofón de tales palabras, puesto en boca de su padre: «¡Se le ha puesto una losa al sepulcro, y en paz!...»⁷.

No se puede decir, en efecto, de manera más gráfica y lapidaria. Digámoslo nosotros también de manera rotunda: a la sociedad española en su conjunto nunca le había interesado Cuba, y mucho menos cuando se convirtió con la guerra en una colonia lejana que consumía tantas energías y sobre todo tantas vidas humanas. El español de a pie no entendía que allí, tan lejos, estuviese la patria. Tampoco le llegaban los beneficios de la explotación de la «perla de las Antillas». Sólo cuando aparecieron en escena los Estados Unidos se despertó algo parecido a un sentimiento generalizado de indignación patriótica: al fin y al cabo, el conflicto con los rebeldes cubanos se convertía ahora en el desafío de otra potencia, y eso era ya, como se dice vulgarmente, harina de otro costal. Pero la guerra nunca llegó a palpase en la vida cotidiana, salvo para quienes tenían allí familiares, intereses o lazos estrechos de cualquier índole. Es verdad que en algún momento se extendió el temor, una cierta psicosis social, pero todo terminó demasiado pronto como para que llegara a cuajar un estado de guerra. La comunidad peninsular no perdió su ritmo prácticamente en ningún momento, hasta las diversiones siguieron su curso. Desde estas premisas puede entenderse la falta de sentido del «sin pulso» silveliano, que proyectaba a la totalidad de la nación las insuficiencias y desatinos de sus élites políticas e intelectuales.

Tomando como base la situación descrita, ¿cuál podía ser la reacción ante

⁷ Alberto INSÚA: *Memorias*. Madrid, 1952, pp. 288-290.

los repatriados? Sorpresa, lástima, emoción..., sentimientos todos ellos probablemente sinceros, pero también superficiales y efímeros. Los repatriados de cualquier guerra lejana, y más si la guerra se ha perdido, suelen ser recibidos con una cierta hostilidad social. Resultan incómodos. Su reinserción es problemática. Se convierten, sin quererlo, en acusadores de sus propios compatriotas, de todos los que no han tenido que abandonar, como ellos, su familia, su trabajo, su medio.

La hegemonía política y cultural estadounidense en esta segunda mitad del siglo XX nos ha permitido familiarizarnos a todos con la problemática de los excombatientes de Vietnam. El magnífico cronista de su época que fue Pío Baroja ya registró eso mismo en el caso español: «¡Qué desencanto!», dice un repatriado. «Uno que espera algún recibimiento por haber servido a la patria y encontrar cariño. ¿Eh? Pues nada. ¡Dios!, todo el mundo le veía pasar a uno sin hacerle caso»⁸. Declaración que, como puede apreciarse, coincide plenamente, hasta en los matices, con las ya expuestas.

No hacer caso, mirar hacia otro lado...: con esas expresiones se puede sintetizar perfectamente el talante de la sociedad española tras la conmoción inicial. Los más conspicuos adelantaban una justificación impecable: ¡bastantes problemas tiene ya España! Hasta las proclamas regeneracionistas olvidaban a los repatriados: éstos se habían convertido ya en un asunto del pasado, y lo importante para el país era encarar el futuro. No se ha subrayado suficientemente este clamoroso olvido: en un momento en que se ponen en boga tantas imágenes médicas (nación enferma, exánime, sin pulso, necesidad de un cirujano de hierro, etc.), nadie se ocupa seriamente de los enfermos de carne y hueso que vienen de Ultramar. A la literatura regeneracionista, después de tantos ayes, lamentos y clamores por la suerte de la patria, no le queda ya un hueco para ocuparse de los hombres concretos de esa patria, como si ésta fuera una abstracción suprahumana. En vano, por ejemplo, se buscarán los derrotados en *La moral de la derrota*, de Luis Morote, o los verdaderos desdichados en *Las desdichas de la patria*, de Vidal Fité⁹.

También los jóvenes escritores de la época, los mal llamados después del 98, pasan como de puntillas (salvo algún que otro caso aislado) por todos los aspectos del conflicto, incluyendo naturalmente el regreso de los soldados¹⁰.

⁸ Pío BAROJA: *Mala hierba* (1904), Madrid, 1972, p. 217.

⁹ Hay algunas excepciones a esta tendencia. Cf. por ejemplo J. RODRÍGUEZ MARTÍNEZ: *Los desastres y la regeneración de España*, Madrid, 1899, pp. 115-116.

¹⁰ Con respecto a los asuntos del 98, los grandes autores de la época buscaban más que el testimonio, el simple olvido. Cf. Antonio PRIETO: «El testimonio de Cuba en la narrativa», en Demetrio RAMOS y Emilio DE DIEGO, Edits.: *Cuba, Puerto Rico y Filipinas en la perspectiva del 98*, Madrid, 1997, pp. 235-236.

¡Tenían cosas más importantes a las que atender...: el estilo, el arte por el arte, la literatura en estado puro. Una actitud discutible pero legítima, si no fuera porque en su momento adoptaron la pose de rebeldes e iconoclastas, y después aceptaron con fruición el marchamo de escritores comprometidos.

Pero es que hay más. Las primeras grandes síntesis históricas del período —la *Historia de la Regencia de María Cristina* (1906) de Ortega Rubio, *Diez y seis años de Regencia* (1914) de Martín Alonso, la *Historia crítica del reinado de Don Alfonso XIII durante su minoridad* (1925) de Maura Gamazo, etc.— apenas mencionan, o lo hacen de pasada, el tema de los repatriados. Hoy en día, con una bibliografía impresionante sobre todo lo relativo al 98, los repatriados siguen siendo los grandes olvidados: ¡si hasta se habla más de la repatriación de capitales que de los propios hombres! ¹¹.

Aun con todo ello, alguna obra de síntesis reciente concluye que «fueron numerosísimos los escritores y los periodistas que se hicieron eco del regreso de los repatriados» ¹². Afirmación que hay que matizar y contextualizar mucho para que no constituya una deformación flagrante de la realidad. Es cierto, como ya hemos adelantado, que la prensa del período, entre agosto del 98 y finales del 99, está llena de informaciones, reportajes y artículos en torno a los soldados de Ultramar. Constituyen obviamente un tema de actualidad, dirigen peticiones al gobierno, se manifiestan en numerosas ciudades españolas, en el Congreso y el Senado se discute en varios momentos sobre las cantidades que se les adeuda, etc., etc. En este sentido, desde luego, los repatriados son objeto de la atención general durante varios meses. Inferir de ello sin embargo que constituyeron una prioridad política o una auténtica preocupación social sería completamente falso. La prueba está, por hablar en los términos más tangibles y materiales, en que nunca vieron satisfechas sus justas aspiraciones en cuanto al pago de sus haberes atrasados.

La España de la época optó por tratar la repatriación en términos llorones y sensibleros, como un problema estrictamente humanitario y no de índole política, sin extraer las consecuencias pertinentes y sin allegar los medios ne-

¹¹ Manuel RODRÍGUEZ MANEIRO: *Historia de La Coruña a través de su puerto*, vol. I. «De la noche de los tiempos a los repatriados de la guerra de Cuba», La Coruña, 1996. Se menciona aquí el desembarco de 150 cajas conteniendo 400.000 pesos y el «botín» del general Jiménez Castellanos, 2.127.000 pesos oro, «la mayor cantidad de dinero que había pasado por el puerto coruñés» (pp. 186-188). Desde una perspectiva más amplia, hay referencia a la repatriación de capitales en Juan Velarde Fuertes: «Antes y después del 98: la economía de la Regencia», en Emilio de Diego, Dir.: *1895: La guerra en Cuba y la España de la Restauración*, Madrid, 1996, pp. 165-187. Antonio Gómez Mendoza: «Del desastre a la modernización económica», en Juan PABLO FUSI y Antonio NIÑO, Edits.: *Visperas del 98. Origen y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, 1997, pp. 75-84. Antonio Elorza y Elena Hernández Sandoica: *La guerra de Cuba (1895-1898)*, Madrid, 1998, pp. 335-353.

¹² Antoni MARIMÓN: *La crisis de 1898*. Madrid, 1998, p. 51.

cesarios para resolver los problemas de toda índole que se generaron, desde el sanitario hasta el del transporte y la reinserción social. Las autoridades tomaron medidas, evidentemente, pero casi siempre a remolque de los acontecimientos. Remedió muchas veces más la caridad privada y las iniciativas particulares que las disposiciones oficiales. En descargo del gobierno hay que reconocer que de la noche a la mañana se le venía encima una tarea ingente: recibir en cuestión de pocos meses (los términos impuestos por el enemigo eran draconianos) decenas de miles de hombres —muchos de ellos heridos o enfermos—, atenderles a su llegada a la península, hospitalizarles si hacía falta y trasladarles luego a sus hogares, requería una infraestructura y unos medios humanos y materiales que desbordaban con mucho las posibilidades de aquella sociedad. Se hizo lo que se pudo, como diría un castizo.

Curiosamente un historiador de hoy en día, al abordar de refilón el tema, concluye que la repatriación se efectuó con «altísima eficiencia», pese a que él mismo estima en unos 4.000 hombres el número de fallecidos tan sólo en las sucesivas travesías¹³. Los barcos venían llenos de soldados enfermos o gravemente heridos que, bajo ningún concepto podían aguantar aquellas interminables dos semanas de viaje ni aún en las mejores condiciones. Cada navío dejaba tras sí una estela macabra de cadáveres sepultados en el mar. Resulta patente que no podemos juzgar los medios y resultados de la época con los criterios de eficiencia actuales, un siglo después, pero las propias críticas de entonces inducen a pensar que las cosas no se hicieron demasiado bien. En cualquier caso, lo cierto es que el traslado a la península se hacía en condiciones penosas, con barcos atestados de gente, cual ganado, sin las instalaciones higiénicas adecuadas. ¿No podía ser de otro modo, dadas las circunstancias? Probablemente. Pero, desde el punto de vista humano, que es el que estamos tratando de perfilar aquí, ello no le resta un ápice de gravedad al asunto.

Una declaración representativa de lo que fue aquello, sin cargar las tintas, es la de Josep Conangla, un soldado español que vuelve en el *Satrústegui*:

«Pasados tres días de navegación, nos sorprendió penosamente el primer fallecimiento acaecido entre las tropas reembarcadas (...). Envuelto el cadáver en tosca arpillera y amarrado a su tórax un lingote de hierro, fue lanzado al mar desde la baranda de popa (...). En días sucesivos se registraron escenas semejantes, si bien por acuerdo entre la jefatura de las fuerzas reembarcadas y el capitán del vapor, se procuró que las conducciones de los nuevos cadáveres desde la enfermería a la baranda de su lanzamiento piadoso al mar se efectuaran en horas nocturnas, en evitación de que las tristes ceremonias fuesen presenciadas

¹³ Manuel MORENO FRAGINALS: *Cuba/España, España/Cuba, historia común*, Barcelona, 1995, p. 289.

por los viajeros. Escenas iguales ocurrieron fatalmente a bordo de cada nave utilizada para la evacuación de las armas españolas»¹⁴.

Después, la llegada. Aquí empezaban los verdaderos problemas. Y no nos referimos ahora a los de orden logístico, administrativo o sanitario, sino al simple problema humano del reencuentro después de varios años y múltiples penalidades con el hogar, los parientes, los amigos y la aldea, lo que antes denominamos reinserción social, que tenía que ser a la vez personal, familiar y laboral. La vuelta a casa del soldado se convirtió en uno de los grandes tópicos de la literatura popular, señal inequívoca de que fue esto lo que más impactó a la sociedad española de la época. Las revistas ilustradas del momento, e incluso los propios periódicos, publicaron múltiples relatos que contenían mínimas variaciones sobre el mismo tema. Incluso algunos autores consagrados como Clarín o Pardo Bazán¹⁵, en contraposición como ya señalamos a los jóvenes «modernistas», no se resisten a ello. Lo más frecuente sin embargo fueron cuentos de tono lacrimógeno escritos por autores de segunda fila o composiciones en verso en las que se mezclaban las desdichas de la patria con las del pobre repatriado en un batiburrillo que pretendía tocar las fibras sensibles del público de un modo harto tosco.

Hemos elegido como muestra representativa de esa literatura popular (tan lejana hoy de nuestra sensibilidad) la única obra teatral que conocemos que tiene como eje central y único el tema de la repatriación. Se trata en realidad de una pequeña pieza en un solo acto, que tiene para nosotros el atractivo adicional de haber sido escrita por un militar, el teniente de Artillería de la Academia de Segovia José Hernández Gasque¹⁶.

Llega el soldado a los aledaños de su casa, agotado, enfermo, ansiando ver a su madre y a su novia. Se encuentra entonces con su hermana:

«María: ¡Pascual!
Pascual: Hermana mía. ¿Vienes sola?
(Abrazándola y después de una pausa.)

¹⁴ Josep CONANGLA: *Memorias de mi juventud en Cuba. Un soldado del ejército español en la guerra separatista (1895-1898)*, Barcelona, 1998, p. 231.

¹⁵ Véase por ejemplo: CLARÍN, «La contribución», en *Doctor Sutilis, O.C.*, vol. III, 1916, pp. 187-199. E. PARDO BAZÁN, «La oreja de Juan Soldado», en *O.C.*, vol. XX, Madrid, 1964, pp. 299-303.

¹⁶ *¡Repatriado!* Cuadro dramático de actualidad en verso. Original de José HERNÁNDEZ GASQUE. Representado en la función celebrada en el Teatro Miñón de Segovia, la noche del 10 de diciembre de 1898, a beneficio de los repatriados, hijos de la provincia. Con un prologuillo, también en verso, de José Rodao. Segovia, Impr. del Sucesor de Alba, 1898. El papel principal lo interpreta el propio autor: es el personaje de Pascual, «un soldado de rayadillo» que vuelve a casa.

¿Por qué madre y Maruja no han venido?

(...)

M.: Nuestra madre... ¡¡murió!!

P.: ¡Cristo bendito!

M.: Esperé carta tuya mucho tiempo...

Luego enfermó y luego...

(...)

P.: Ven, vámonos a casa, correremos,
aunque deje la vida en el camino...

M.: A casa no, Pascual... no es nuestra casa.

P.: ¿Qué ya no es nuestra casa?

M.: La han vendido

para pagar al médico de madre
y al boticario...

(...)

P.: ¿Luego estás recogida en una casa?

M.: Antes estaba en casa de un vecino,
pero aquél me pegaba...

(...)

P.: ¿Quién era, di, quién era?

M.: De Maruja...

P.: ¿Qué es de Maruja ese hombre?

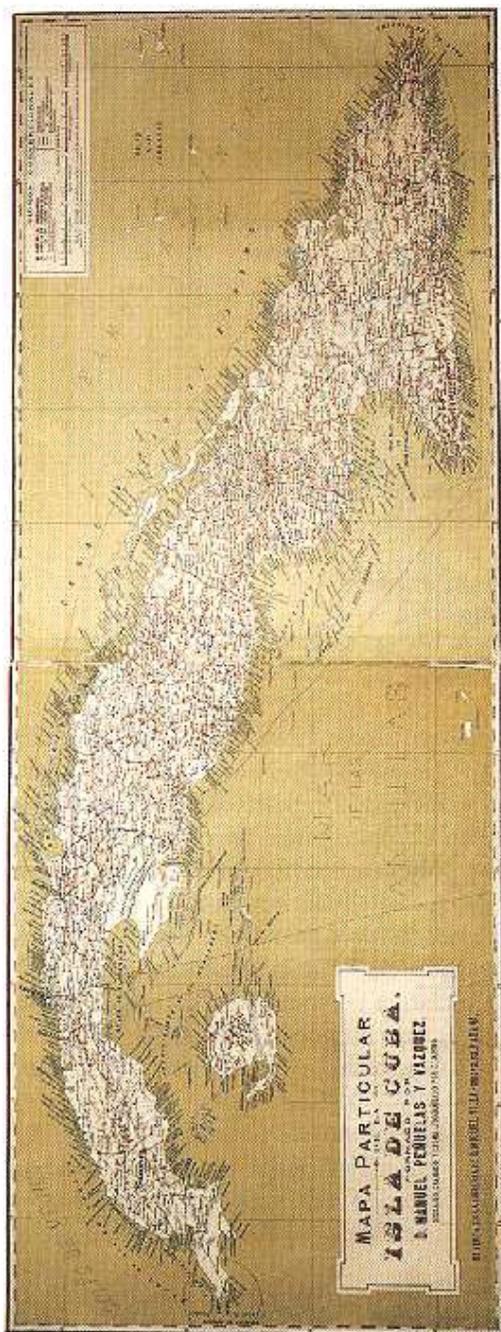
M.: Su marido.»

Queda en ese diálogo diáfano y expuesto el talante, y sobre todo el tono que adoptó la sociedad española ante los problemas de los repatriados. Como decíamos al principio la repatriación, y todo lo que le rodea, se convierte en un drama en el sentido más peyorativo del término. Los problemas objetivos, sociales y políticos, se diluyen de manera sensiblera en un magma confuso de infortunios, casualidades nefastas y desgracias personales. De ahí a responsabilizar al inescrutable destino de todos los males, sólo hay un paso. Y así no hay que exigir a nadie responsabilidades. La solución última queda encomendada a la iniciativa personal, a la caridad. El mismo final de la obra teatral que se ha extractado no puede ser más significativo. Las últimas palabras de Pascual, el soldado protagonista, son: «¡Para un pobre repatriado / una limosna por Dios!»¹⁷.

En una obra que ya es un clásico de nuestras letras, decía Pedro Laín Entralgo que la palabra que mejor podía sintetizar —para la crítica intelectual del momento— la España de fin de siglo era «inconsistencia»¹⁸. En otro libro clásico sobre este período, Melchor Fernández Almagro contraponía la «jac-

¹⁷ *Ibidem*, p. 21.

¹⁸ Pedro LAÍN ENTRALGO: *La generación del 98*, 8.ª ed., Madrid, 1975, p. 55.



tancia» festiva y populachera de la víspera al desconsuelo y la depresión que simbolizaba una bandera española —por decirlo en términos de Ramos Carrión— «amarilla de rabia y roja de vergüenza»¹⁹. Ya que estamos en esa vertiente, también cabe contrastar el entusiasmo de la marcha zarzuelera de Cádiz, convertido en himno nacional en los prolegómenos de la guerra, al triste coro de los repatriados de *Gigantes y Cabezudos*: «Por la patria te dejé, ¡ay de mí!»²⁰. Utilizando en este contexto concreto el diagnóstico de Laín, podríamos decir que tan fútil, vacío e inconsistente era el arrebatado primerizo como el lamento posterior. Uno, por infundado; el otro, porque se quedó sólo en eso, sin que se sacaran las consecuencias oportunas.

España no extrajo las conclusiones adecuadas de su fracaso. No es extraño en ese marco que la repatriación fuera un episodio más, apenas un incidente que conmocionó levemente al país y, desde el punto de vista oficial, aun ni eso. La repatriación fue un drama humano que se logró sepultar a base de indiferencia, olvido e hipocresía. Las autoridades no quisieron darse cuenta de que aquellos repatriados, desatendidos, marginados, fueron sembrando allá por donde iban la semilla de la desconfianza y hasta de un cierto resentimiento. Fue calando así en el pueblo español una profunda sensibilidad antibélica y antimilitarista que no tardaría en aflorar. Cuando ya en los primeros decenios del siglo xx la España oficial persiga un nuevo impulso colonialista y militar, esta vez en el norte africano, el pueblo llano, que aún tiene abierta la herida del 98, se resistirá con todas sus fuerzas.

¹⁹ Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Historia política de la España contemporánea*, vol. III, 3.^a ed., Madrid, 1970, p. 183.

²⁰ *Gigantes y Cabezudos*, zarzuela de Miguel ECHEGARAY y Fernández CABALLERO, se estrenó en el Teatro de la Zarzuela de Madrid el 28 de noviembre de 1898. Una visión de conjunto del escaso peso del problema cubano en el más popular de los entretenimientos de la época: Carmen DEL MORAL RUIZ, «Cuba y el desastre en el teatro lírico español», *Claves de razón práctica*, núm. 80, Madrid, marzo 1898, pp. 76-80.